

En tiempos de descuento

José Ignacio Bescós

En tiempos de descuento
José Ignacio Bescós

© 2009 José Ignacio Bescós

Un proyecto de **El Burro Muerto y 12 Parasegundos**

Edición: Tomás García de la Plaza

Producción: Javier Sánchez

Ilustración portada: Pablo Mejías

Diseño de portada: Fran Merino

Maquetación: Manuel Rivas

PRIMERA EDICIÓN: 2009

ISBN:

DEPOSITO LEGAL:

IMPRIME: Intigraf S.L.

<http://www.entiemposdedescuento.com>

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

En tiempos de descuento

José Ignacio Bescós

En un pronto litúrgico, saco la carabina del escobero. Abro la ventana de la cocina, hincó el codo en el hule, pego la culata a la jeta, cierro un ojo y busco una víctima.

Ya sé que estoy trasplantando a finales de agosto un rito primaverál. Sí, caramba, ya sé que las palomas se fueron de vacaciones y que vinieron las cotorras argentinas (de profesión, sus verdes estruendos veraniegos). Lo que sucede es que me he levantado con Nocaut en el hipocampo, vaya usted a saber por qué, y que no me apetece ponerme con la columna. No es que crea que así el santo Eleguá vaya a reabrir los caminos por los que llegó Nocaut una mañana de abril. No es que crea y no es que quiera. Aunque me come la curiosidad por saber cómo acaba la historia de mi amigo Nocaut, las apuestas por un final feliz están quince a uno. Casi mejor no enterarse.

Selecciono a un pajarraco particularmente chillón. Acaricio el gatillo y, un instante antes de que estornude mi escopeta de viento, empieza a sonar un vals. La cotorra, que lo escucha, despliega sus alas verdes y se eleva lo suficiente como para que el perdigón se incruste como semilla de plomo en la tierra del jardín. El vals suena vibrante en el bolsillo del pijama.

Me cago en el móvil que me regaló Perla. Me cago en el tono de llamada y en el llamante inoportuno.

Es Yáñez el joven, mi sucesor en Sucosos. Después de fracasar en Internacional y en Cultura ahora prueba a labrarse un futuro en el aridisol del periodismo de casquería. Menos mal que Yáñez el viejo se nos murió hace dos semanas. Fue verse despojado de su

columna y ponerse a correr los cien metros cáncer en tiempo de récord. Mejor para él. Así se ahorra el previsible nuevo cataplás de su retoño.

— Si no estás sentado, siéntate, Figurín —me dice.— Han encontrado otra tanda en la finca.

Separo el móvil de la cara para mantener a distancia la excitación de Yáñez el joven.

— Eso ya no es noticia, pimpollo. Al menos de primera página.

Lo fue cuando los polis desenterraron los cuerpos de detrás de los manzanos, y cuando dragaron el embalse y volvieron a la capital cargaditos de miembros. Pero el público tiene que estar ya hasta la coronilla de los muertos del coronelillo.

— Espera a oír cómo los han encontrado.

Con alegres ladridos me cuenta que, siguiendo un chivatazo, la madería del comisario Uribarri ha abierto un butrón en el sótano del coronel Cordero.

— Se había hecho un zulo, no te lo pierdas, Figurín, y lo había llenado de armas, comida y muertos. Muertos sentaditos, tío. En bancos. Como si fuera un faraón. Como si lo fueran a acompañar en su último viaje. ¿Es o no es de primera página?

— Yo no soy tu tío, Yáñez. ¿Has podido entrar?

Los ladridos pierden su alegría.

— Me lo ha contado uno de los polis. Por eso te llamaba. Para que le pidas a tu amigo Uribarri que me deje pasar con un fotógrafo. ¡Esto es una bomba! Parece ser que uno de los muertos es...

Tengo medio segundo para levantar el vuelo mientras Yáñez apunta su fusil de dar malas noticias.

— Prefiero no saberlo.

Que quiere decir prefiero que no me lo digas, porque saberlo, lo que se dice saberlo, lo sé desde que me desperté con Nocaut en el hipocampo. A Yáñez el torpe le dan igual mis preferencias.

— Es Gegé —anuncia,— el futbolista.

Ahora sí que la jodimos, Eleguá.

Tengo que hacer muleta de la carabina. Por esperada, la mala nueva es menos nueva, pero igual de mala. Y certera.

— El delantero del Nacional, Figurín. El que desapareció después de aquel partido.

Sí, ya sé, caramba, recórcholis, coño, ya sé. Gegé, mi amigo Gegé. ¿O nadie le ha dicho en el periódico al inútil de Yáñez que Gegé era, sobre todo, mi amigo del asa?

— ¿Cómo saben que es él? —vocecillo como malamente puedo.

— Cachotas, calvete, tatuado. Según el poli que me informa, no tiene pérdida. ¿Estás en el periódico?

— En casa, con la columna. En cuanto me la quite de encima me acerco.

— Claro, lo primero es lo primero. Tú finiquita lo tuyo, maestro, pero hazlo rápido. ¡Es una bomba, te digo! Avisame cuando vengas.

Piensa Yáñez el canelo que le va a tocar otra vez la lotería. Que le voy a dar una exclusiva como la que le regalé antes de tomar posesión de la columna de su papá. Infeliz. Llega tarde. Alguien más listo y mejor avenida con Uribarri ya se la habrá birlado. Un periódico de la competencia llevará mañana en portada la foto del cadáver de Gegé. Y en una mesa esquinada de la redacción de *El Continente*, Yáñez el joven se preguntará y se repreguntará qué ha podido salir mal, como perro corriendo tras su rabo.

— Descuida, Yáñez, te avisaré.

Vuelven las cotorras después del tiro fallido. Desprecian el riesgo de ser abatidas por el francotirador del pijama de lino de Birioni. Supongo que los motivos de fantasía en azul eléctrico no son el mejor camuflaje. Las cotorras saltan, hunden sus picos en el césped y cotorrean. Buscan algo que echarse a la boca y tertuliean como periodistas de radio. ¿Qué se cuentan las cotorras mientras pescan lombrices? Cotorrearán sobre la inseguridad cotorril o sobre los gusanazos de antaño, quién los pillara.

Devuelvo el móvil al bolsillo del pijama y la carabina al escobero. ¡Hala, Mino!, me animo. ¡A currar, Mino!, me conmino. Me voy a terminar de levantar mi columna diaria antes de que las cotorras empiecen a cotorrear sobre mí. Me voy, no sea que se corra el cotorreo de que el tipo del pijama, ahí dónde lo veis, amigas mías, es la causa eficiente del auge y caída de Nocaut Laurens. ¿Ése de ahí? Ése, ése. Ése, y no Eleguá, abrió el camino que llevaba al zulo del coronel.

Me voy y no acabo de irme. Perla entra en la cocina y me sorprende dibujando en el hule una ene conmemorativa a partir de un goterón de melaza. Va disfrazada de mujer de negocios, traje sastre gris paloma, zapatos de tacón. En un esfuerzo por atenuar su negritud, ha apersogado en una coleta sus rizos salvajes y se ha empolvado la cara. Qué tierna.

—¿Qué hubo, trabajador infatigable?

Deseneo la ene y me meto en la boca el dedo untado de melaza. He resuelto no compartir con ella la pésima noticia. Bien tautologaba Yáñez el idiota: lo primero es lo primero. Lo primero es mi duelo, personal e intransferible.

— No me agobies, amor, que luego se me tuerce la columna y la directora se me cabrea.

— ¿Llamaban del periódico para apurarte?

— No. Era Yáñez con sus historias del coronel.

Perla entorna sus ojos de gata. Rastrea una mentira, pero es la mentira equivocada. Busca manchas de carmín en la conversación.

— ¿Seguro que era Yáñez?

Sé que sospecha que Yáñez el joven era en realidad Quesada la joven. Me gusta verla celosa. Hay desmentido, mas no muy convincente. Que sufra.

— Segurísimo, amor. Por cierto, cuando termine la condenada columna saldré a oreame. La entregaré yo mismo en el periódico.

— Ni correo electrónico, ni fax... Mira que un día —me advirtió,— te van a botar del periódico. Te van a botar por obsoleto.

— Qué cosas más bonitas me dices, amor. No me habías contado que tenías lío esta mañana.

Se estira la falda.

— Voy de bancos. ¿Qué tal luce este traje? ¿Estoy seria?

— Muy.

Me da un beso, me arregla el cuello de la camisa del pijama y corre a enfrentarse al mundo. Me deja en medio de una selva invisible pero muy olfateable. La selva está fabricada por parisinos y sale de un botecito azul cada mañana.

A Perla se le atraganta la hipoteca y quiere renegociar plazos y cuotas. Mis colegas de Economía atribuyen los tipos disparados a *la combinación de presiones inflacionistas derivadas del alza en los precios del petróleo y crisis internacional de liquidez*. Perla dice que son los orishas, sus santos yorubas, que nos castigan por algo que habremos hecho y que ella no sabe concretar. Y que los orishas le dicen que vamos a mucho peor. Yo no sé/no contesto. Tengo para mí que la ciencia económica es otra forma de magia, más negra que las ingles de mi bruja. Y yo sobre asuntos mágicos no me pronuncio. Yo sólo pongo velas a quien lo merece y ofrezco arrimhombrar parte de mi sueldo. Perla se niega en redondo. Es su casa, registralmente hablando, y su casa la paga ella. Así que allá va mi bruja, a seducir directores de sucursal. Tan estupendamente como con los santos se maneja Perla con los bancarios.

Sí, ya sé, antes de acudir a la finca del Chiclano debo terminar mi columna. Empezar y terminar. No es el mejor día para que mi prosa retoce con la sucia política artillana. Se me ha muerto un buen amigo y no estamos para guarrerías. Ahora bien, dado que a mi puta prosa le pagan por retozar a tanto la palabra, tendré que hacer de tripas metáfora y llegar al punto y final por senda poco noble. Dos

metáforas, tres clichés, y listo. Pero antes hay que llamar a Uribarri y arreglar una cita en la finca.

Un día Mino el obsoleto aprenderá cómo funciona la agenda de su móvil. Entretanto, tiro de agenda tradicional y de tarjetas de visita. La de Uribarri la llevo en la cartera. Al abrir ésta, me guiña un ojo un mozalbete de sonrisa mellada, el mayor de los seis niños que también sonríen en sendas fotos. Y, detrás de todos ellos, la cara bobmarleyesca de Nocaut.

Parece que ha pasado una vida desde que, una mañana de abril, Eleguá condujo a Nocaut por el camino de mi cancela. El calendario me lleva la contraria. Dice que sólo han pasado dos años y pico.

Él sabrá.